

CONFERENCIA III

LA MÍSTICA ESPECULATIVA

1. Eterna vacilación entre la teoría y la práctica.

—Entre los curiosos contrastes en medio de los cuales agítase la vida humana, debemos también contar las eternas alternativas de predilección exclusiva por la especulación y de odio excesivo contra ella.

En la época de los gnósticos, y algunos siglos aún después de ellos,—por lo menos en Oriente—la pasión por las abstracciones filosóficas y teológicas estaba por encima de todo otro interés. Actualmente preguntámonos, cómo un hombre pudo entusiasmarse por esas extrañas creaciones de una imaginación delirante, con las cuales aquellos herejes trataban de aventajarse recíprocamente. Mas en eso estaba precisamente lo que en esa época se consideraba como el saber más elevado, y arrastraba los espíritus casi hasta la demencia.

La misma tendencia por las especulaciones abstractas fué lo que dió á las discusiones trinitarias y cristológicas la violencia y la duración que son sabidas. El mismo pueblo bajo entusiasmábase por las discusiones filosóficas y dogmáticas más difíciles, de tal suerte que Gregorio Nacianceno reprochábale el descuidar sus propios quehaceres por causa de ello.

Los rudos y oscuros siglos que siguieron pusieron término para siempre á tal espíritu. Mas la escolástica trajo consigo tal furor por los problemas suprasensibles más profundos, que la ciencia histórica y la ciencia experimental tuvieron incontestablemente que sufrir por ello.

Por el contrario, la especulación debió hacer penitencia terrible á partir del momento en que el Humanismo, en lo que se llama la edad de los descubrimientos y del empirismo, persiguió con su odio fanático toda cuestión relativa á los últimos motivos de las cosas. La corriente filosófica obtuvo una vez más la victoria al final del siglo XVIII y en el comienzo del XIX. En esa época, logró tal predominio, que, según cálculos hechos, las nueve décimas partes de la producción literaria de entonces pertenece exclusivamente á la filosofía.

Inútil es decir con qué exceso tal tendencia hubo en corto tiempo de rebosar.

Siempre y en todo, la historia de la humanidad gira entre dos extremos. Siempre y en todos los ramos del saber, después de las más violentas oscilaciones, vuelve á lo antiguo en las cosas esenciales. Siempre en todos los ramos del conocimiento, cada época jura que la tendencia actual que la mueve á obrar jamás existió antes, que es lo más elevado que hay, y que nunca se vió nada semejante. ¡Tres fenómenos de la historia de la civilización ciertamente á propósito para enseñarnos la moderación y la modestia!

2. La repulsión actual tocante á toda especulación hállase aun en el seno de la Iglesia.—Actualmente el desdén de lo que llaman discusión por medio de principios, hállase nuevamente á la orden del día, y solamente aquél puede jactarse de estar á la altura de su época—según la frase favorita en los momentos presentes—que cuente únicamente con los hechos reales ó dispuestos de artificial manera, y que deseche, con la sonrisa en los labios, como materia sofística y escolástica, todas las cuestiones tratadas con cierta profundidad, ó desde puntos de vista más elevados y más generales. Ciencias exactas, ciencias experimentales, ciencias históricas, ó por lo menos críticas, he ahí las únicas ocupaciones á las cuales puede entregarse un sabio, sin perjudicar á su reputación. Quien se aventure en el terreno de la filosofía, y principalmente en el

de la historia de la filosofía, júzgase él mismo por adelantado.

Actualmente, tal espíritu,—que, por otra parte, no es un desconocido, puesto que es el antiguo espíritu del racionalismo y del libre pensamiento—hase hasta ingerido en las esferas cristianas. ⁽¹⁾

«¿Para qué sirven—dícese con frecuencia—los estériles vuelos filosóficos y teológicos de las antiguas escuelas? De nada sirven en el mundo materialista actual. Hoy no vienen los hombres á buscarnos, es decir, al sermón en la iglesia; actualmente vémonos obligados á levantar nuestra cátedra en la plaza pública; hoy, lo que necesitamos, tratándose de oradores, son hombres de acción y no gente que viva en las nubes, no estilitas, que huyen del mundo, no llorones devotos. ¡Fuera, pues, de la sacristía, y á las plazas públicas, á los cafés! ⁽²⁾ Nada de viejas disputas de escuela, sino el conocimiento de la vida práctica. ¡Atrás la envejecida especulación, y viva práctica. ¡Ella es, y principalmente la práctica de la vida social y política, quien nos volverá los hombres».

Que tales teorías sean dócilmente acogidas por numeroso público, nadie lo duda. La razón de ello está en que, de una parte, tienen por base una parcela de verdad, y que, de otra, indican un camino más fácil y más ancho que el angosto sendero escarpado, por el cual los tiempos antiguos más graves han llevado á las puertas del templo.

No debemos, pues, admirarnos de que hayan igualmente penetrado en el terreno de la ascética, de la vida y de la educación cristianas.

«¿Por qué,—dícese, y muchas veces con excelente intención—por qué pretender violentar, aun en la Iglesia, á las personas con la ciencia? ¿No están ya, desde su juventud, de tal manera saturadas de cosas incomprensibles, que más

(1) Esta aserción del autor debe entenderse entre ciertas personas, no en el espíritu de la Iglesia. De otra suerte, la consecuencia fuera horrible.—N. del T.

(2) Ni siempre en la sacristía, ni á todas horas fuera. Lo prudente es el refrán castellano: «A Dios rogando, y con el mazo dando.—N. del T.

bien es alejarlas del Cristianismo, cuando se pretende aplicarlas á esa labor de Sísifo? Y en realidad, ¿qué provecho sacan de esas doctrinas de fe abstractas? Saben lo que más les importa saber; en cuanto á lo demás, no lo comprenden. Con que vivan según la fe, basta; son buenos cristianos. No nos hallamos en tiempos en que se pueda exigir á la gente cosas superfluas en nombre de la religión. Debemos darnos por contentos cuando se llega ya á inculcarles lo más necesario. Limitémonos, pues, á edificarlos un poco, y aun en esto, necesario es andar con moderación. Démonos por muy satisfechos si podemos conservar en ellos las principales prácticas del Cristianismo. Más vale algo que nada».

3. Consecuencias peligrosas que de ahí se derivan respecto á la vida religiosa.—No nos admiremos de que el vulgo tenga ese lenguaje, pues estamos acostumbrados á que, por destruir algunas orugas, arranque el bosque entero. Mas podría esperarse algo mejor por parte de los servidores de Dios. Por un grano de verdad, no debieran hollar toda la semilla del campo del Señor. La gravedad del asunto y el conocimiento de la historia debieran preservarles de tal irreflexión.

Ante todo, el conocimiento de la historia. Quien tan sólo consulte la pequeña colección de las decisiones y de las condenaciones de la Iglesia, reunidas por Denzinger, puede ver qué cantidad de errores y de doctrinas peligrosas, producidas precisamente por los principios que acabamos de mencionar, se ha propagado por medio de la literatura. Con frecuencia esa expansión fué tanto más considerable, cuanto que el pueblo mismo gustaba más de tales producciones.

El gran autor espiritual Luís de la Puente, dice con razón que, en el terreno de la teología mística, los errores son tan posibles y acaso más peligrosos que en el de la teología corriente. ⁽¹⁾

Cuando se llega á no considerar la ciencia dogmática

(1) Lud. a Ponte, *Dux spirit.*, 1, 7, 3.

como punto de partida en la piedad y en la vida cristiana, sino á reemplazar la fe por la pretensa práctica ó por piadosas prácticas, inventadas al gusto de cada cual, es abrir el camino á los más peligrosos errores. Basta con citar nombres como los de Molinos, de Madame de Guyon, de Quesnell, de Eckartshausen, para tener la más completa prueba de lo que aventuramos. ⁽¹⁾

Las cosas deben forzosamente llegar ahí. Las únicas palabras que esa tendencia que acabamos de censurar gusta decir: *con tal de vivir según la fe*, demuéstranlo suficientemente.

Significan tres cosas. Primeramente, que los hombres deben tener fe, después, que únicamente en conformidad con eso existe la vida, y por último, que ésta debe regularse según la fe.

Pero si la fe desaparece ó se torna defectuosa, si la vida debe reemplazarla ó aun crearla, la consecuencia es la misma que cuando un padre, en vez de educar y dirigir á su hijo, le deja crecer y portarse como bien le plazca, y después, más adelante, cuando se halla enteramente depravado, le pasa por todo, para no disgustarle ni alejarle enteramente de sí.

Nuestra época es, desgraciadamente, un testigo de quien podríamos y hasta deberíamos invocar su testimonio en esta materia. Los principios que acabamos de citar han, ¡ay! dado su fruto sobrado pronto.

Poseemos toda una literatura que se dice edificante, la cual, de concierto con un arte igualmente edificante, pero igualmente dañoso, parece haber tomado empeño en minar en el pueblo lo serio de la vida cristiana y la solidez de la piedad. ¡Puedan quienes llevan el peso de esa res-

(1) La moral, y con ella toda práctica religiosa, como se pretende en el llamado neo-cristianismo, cristianismo sin dogma, es la más grande de las ilusiones; suprimido el elemento de la fe, desaparece la base de la moral; y así todo el edificio se viene á tierra. Quienes deseen lectura piadosa sólida, sustentada sobre la roca firme del dogma, lean los admirables libros de Monseñor Gay, y los copiosos y sólidos, al par que brillantes trabajos del Abate Sauvé.—N. del T.

ponsabilidad cumplir sus deberes con mayor brío! En esa desgraciada literatura, en esos libros de oraciones y de meditaciones, y más aún en esas revistas religiosas, fácil sería coleccionar no pocos funestos errores. No obstante, este mal no es el más considerable, pues no penetra quizá muy adentro en los espíritus. Mas lo que causa daños incomparablemente mayores, es, por una parte, el sentimentalismo insípido que contienen tantas obras leídas por mujeres, por las jóvenes y por los niños, y, por otra, la explotación de esa inclinación enfermiza por todo lo nuevo, sorprendente, extraordinario, de esa afición á lo siniestro, á lo lúgubre, á lo horrible, á lo perturbador, á propósito de lo cual, bajo capa de religión, muchas revistas aparecen como dignos cómplices de nuestras novelas sensacionales.

4. Una piedad sana y vida mejor lograránse únicamente volviendo á la ciencia eclesiástica.—En esta materia igualmente, necesitamos asentar de nuevo los límites que tiempos mejores habían señalado con tanto cuidado, y que, desde entonces, han sufrido varios cambios.

Pues bien, la piedra más importante fué colocada antes de ahora por el Príncipe de los Apóstoles, jefe de la Iglesia, y eso en términos tan claros y tan decisivos, que podría creerse que los escribió expresamente para nuestra época.

«No es—dice—por medio de fábulas hábilmente compuestas, ⁽¹⁾ como os hemos hecho conocer el poder y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, sino que es por haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la gloria de su majestad hízole oír una voz que decía: «Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias». Y nosotros mismos hemos oído esa voz que bajaba del cielo, cuando nos hallábamos con él sobre la santa montaña. Tenemos además los oráculos de los profetas actualmente confirmados con su cumplimiento; bien hacéis en prestarles atención como á una lámpara que luce en lugar obscu-

(1) οὐ σεσοφισμένοις μύθοις: 2 Petr., I, 16.

ro, hasta que aparezca el día, y la estrella matutina se levante en vuestros corazones. Pero sabed ante todo que ninguna profecía de la Escritura tiene su propia interpretación; pues no por voluntad de hombre fué dada jamás una profecía, sino que, movidos por el Espíritu Santo, han los hombres hablado de parte de Dios». (1)

Si el Apóstol, que puede demostrar por medio de milagros la verdad de lo que dice, afirma que vió al Salvador Jesús cara á cara, y oído con sus propios oídos la voz de Dios, no presta gran importancia á eso, para atar corto toda acusación de ilusión por parte de la incredulidad, ¿qué pensaremos entonces de un espíritu que cree poder reemplazar ó confirmar el santo Evangelio y la doctrina de los Apóstoles con las invenciones de una imaginación sobreexcitada?

Si el mismo Apóstol concede á la sagrada Escritura, en cuanto es base inatacable, mayor eficacia que á su propio testimonio, para convencer á los infieles é instruir á los fieles, ¿qué nos hemos hecho nosotros? ¿Qué hemos hecho del Cristianismo? Porque no sentimos gusto por la palabra de Dios; no nos basta; creemos poder hacerla más aceptable añadiéndole nuestras propias elucubraciones, más conforme con la época mutilándola, y más eficaz acomodándola á nuestro gusto.

¿Y después nos asombramos, parécenos mal que otros se levanten de hombros, cuando les hablamos, y nos contesten: «¡Todo eso son invenciones humanas!»

Por otra parte, ¿qué predicamos ordinariamente? ¿Es la palabra de Dios, ó bien son humanos pensamientos? ¿Á quién alcanza este cargo? ¿Á quiénes ven el defecto de la coraza, ó á nosotros que les proporcionamos ocasión de ejercer sus críticas?

Que no se nos diga que, para conocer la verdad, tiene el Cristianismo además fuentes distintas de la Sagrada Escritura. Como todo cristiano, sabemos que nuestra religión no es una ciencia libresca, una colección de epístolas

(1) II Petr., I, 16-21.

muertas, sino que es espíritu y vida. (1) Pues bien, la sagrada Escritura no es un libro muerto; es un libro inspirado por el Espíritu de Dios y animado de su soplo vivo. Por esa razón es la primera y más importante fuente en donde los hombres deben tomar su regla de fe (2) y su regla de vida, es decir, el conocimiento de Jesucristo.

¿Qué somos sin Jesucristo? ¿Cómo nos acercaremos á él, si no le conocemos? Pues bien, ¿de qué manera podemos conocerle mejor que por su propia palabra?

¿Creeremos, por ventura, que quien no tiene sino muy imperfecta noción de la fuente más importante para conocer á Jesucristo, conoce mejor las otras? ¿Encontramos en aquellos que prestan tan escasa atención á la Sagrada Escritura mayor conocimiento de los santos Padres, conocimientos teológicos más considerables? Nos abstenemos de contestar.

Una vida que honra á la Iglesia y al nombre cristiano, ¿puede crecer y desarrollarse en las áridas estepas y sobre los arenosos montículos de las opiniones que privan, de ideas propias, inestables y pasajeras, que jamás vense regadas por una gota de rocío de la palabra celeste, ni por el más insignificante regato procedente del seno de la Iglesia? Eso fuera pedir milagros; y más aún que milagros.

¿Y nos quejamos de las escrecencias y de las mutilaciones de que se encuentra llena la actual vida cristiana! ¡Lloramos nuestra debilidad y nuestra inferioridad! Y luego, después de esto, tiénese el valor de decir que una de las causas principales de tal estado es el retorno á la vieja teología de antaño!

¿Á Dios pluguiera que tuviésemos el espíritu de los antiguos tiempos, el Espíritu de los santos Padres, que se alimentaron en la Sagrada Escritura, el espíritu de Santo Tomás, de quien el cardenal Cayetano dijo que había en sí con-

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 218 y sig.

(2) Conviene no tomar de absoluta manera esta frase; la Sagrada Escritura, sí, es fuente de la Revelación; pero es libro muerto, y que se presta á falsificaciones de doctrina, si falta la declaración ó enseñanza de la Iglesia, su intérprete genuino, seguro ó infalible.—N. del T.

centrado la médula de todos los Padres, el espíritu de los grandes teólogos y de los grandes ascetas, que, por sus trabajos, sus oraciones, sus esfuerzos para llegar á la santidad, llenáronse del espíritu de la Iglesia! La ciencia, la piedad y la vida eclesiásticas serían muy distintas de lo que actualmente son.

¿De qué manera, en efecto, esas épocas que se han distinguido de la nuestra por un sentimiento religioso más sano, una vida cristiana más vigorosa, por esfuerzos más enérgicos para llegar á la santidad, han llegado á ese resultado? Mediante una energía más grande, es verdad, pero también mediante un saber más sólido, más eclesiástico.

Ciertamente, háblase de una separación, hasta de una oposición entre la escolástica y la mística. ⁽¹⁾ Mas, como ya hemos dicho, tales palabras demuestran singular ignorancia de la historia y de la materia de que aquí se trata. Los místicos y los ascetas más notables, San Buenaventura, Dionisio Cartujano, Felipe de la Santísima Trinidad, Antonio del Espíritu Santo, Brancato de Laurea, Luís de Granada, Alvarez de Paz, Lesio, Masoulié, para no citar más que algunos nombres, son al propio tiempo eminentes teólogos. Por el contrario, las obras teológicas de San Antonino, de Contensón, de Bail, de Tomasino, sirven de igual manera para la edificación y para la instrucción. Y los grandes exegetas, esos hombres por desgracia sobrado olvidados, cuyas obras llenas de ciencia y de piedad son inagotable mina para la teología, la ascética y la predicación, Luís de la Puente, Toledo, Belarmino, Ribera, Agelio, Estio, Maldonado, Pineda, Pinto, Justiniano, Florerio, Bernardino de Piconio, y tantos otros, ¿no son maestros distinguidos de la vida espiritual, y seguros guías para llegar á la ciencia de los santos? ⁽²⁾

(1) La mejor respuesta á esta acusación es la *Teología mística* de Vallgornera, sencillamente una *Catena* de Tomás de Aquino.

(2) Entre las obras edificantes de lectura y devoción (desgraciadamente muy descuidadas) recomendamos (además de los Padres, y singularmente de San Agustín para los Salmos y el evangelio de Juan, S. Crisóstomo para el de

5. La ciencia de los santos.—¡Ay! estas palabras que acabamos de escribir pártennos el corazón. Pues, desgraciadamente, de tal suerte hemos olvidado la ciencia de los santos, que ni siquiera la entendemos. ¡Ah! ¡Cómo las cosas cambiarían pronto de aspecto, si esa ciencia lograrse de nuevo derecho de ciudadanía entre nosotros!

Dícese á veces: «Dios sabe porqué motivos el Cristianismo, la piedad, el sentimiento religioso, no se armonizan con la ciencia; la Iglesia mira á ésta con aire desconfiado».

Nada más falso, suponiendo que se trate de la verdadera ciencia. Ciertamente, la Iglesia no puede ser favorable á una ciencia falsa y peligrosa. Ante una ciencia indiferente, debe igualmente permanecer indiferente. Mas, desechando una filosofía como la de Spinoza, Stirner y Nietzsche, ⁽¹⁾ no causa ciertamente más perjuicio á la ciencia que descuida sus deberes, cuando no dice que sí ni que no á la cuestión de saber si se encuentra agua en Marzo.

Que no mira ella á la ciencia como única misión y más elevado fin del hombre; que teme de su parte, si se la cultiva de sobrado exclusiva manera, una atrofia del corazón,

Mateo, el de Juan y las Epístolas de Pablo, y Gregorio el Grande para Job), Oleaster, *Coment. in Pentateuchum*; las homilias del obispo Eberhard para el Génesis y demás libros de Moisés; Dionysius Carthusianus, *Comment. in psalmos*; Berthier, *Les psaumes avec des notes et des réflexions*; Maurus Wolter, *Psallite sapienter*; König, *Theologie der Psalmen*; J. Schmitt, *Salm. 118*; Zschokke, *Theologia der Propheten*, sus libros sobre la *Sabiduría del Antiguo Testamento*, *L'Évangile médité*, traducido en todos idiomas por Girandea; Bernard. de Piconio, *Expositio Epistolarum S. Pauli*; Didaeus Stella, *Comment. in Evangelium Lucae*, también los dos *Comentarios de los Evangelios y de las cartas de Natal Alejandro*; Sylveira, *Comment. in Apocalypsim* (en verdad, ningún Comentario, pero una mina inagotable de las más excelentes materias de meditación) y Henr. Marcellius, *Theologia Scripturae divinae*. (*)

(*) En España tenemos una mina riquísima en los místicos españoles; y, además, quienes no puedan ser los originales, tienen la hermosa Colección de Homilias y Sermones de los Santos Padres, puestos en castellano bajo la dirección del sabio y difunto Sr. Caminero.—N. del T.

(1) En España no faltan ilusos admiradores de la doctrina, loca, del filósofo alemán; merece verse el estudio á él referente en la Revista «Etu-des...», de los PP. Jesuítas.—N. del T.